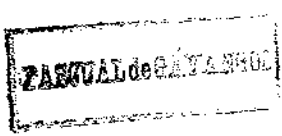
EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO VII.



MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. Leon Amarita.

EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

N.º 37.

SABADO, 14 DE ABRIL DE 1821.

El secreto del despotismo.

« Operiere loris... ¿ Loris liber ?
Terent.

A este diálogo del cómico latino está ya reducida la gran cuestion que se agita en el dia entre la diplomacia de Viena, y los pueblos de Italia. El poder se ha valido hasta ahora de varios pretestos para oprimir; pero tal es la ilustracion del siglo y la disposicion de los espíritus, que ya le es imposible continuar sus planes en las tinieblas, y se ve obligado á declarar abiertamente sus pretensiones. Ya esta es una gran victoria conseguida contra el despotismo: porque descubriéndose cla-

ramente, y rompiendo todos los velos con que le cubria el prestigio y las preocupaciones de los pueblos, se reduce toda su fuerza al número de las bayonetas, pierde sus apoyos morales, y sucumbe necesariamente.

El mismo gabinete de Austria que se armó en 1805 contra la Francia, con el pretesto de defender la libertad de la república cisalpina y bátava, convertidas por Napoleon en monarquías, y la libertad é independencia de la Liguria agregada al imperio francés; el mismo gabinete que en 1814 animaba á los pueblos contra el tirano de Europa, prometiéndoles sus libertades bajo dinastías legítimas, y se valia para oprimir el poder colosal de Napoleon, de la influencia moral de las asociaciones secretas, ese mismo es el que en 1821 arma toda la santa alianza contra la inocente y pacífica Italia; se enfurece porque las naciones quieren gozar de los bienes que él mismo les habia prometido y proscribe como enemigas del trono y del altar las mismas asociaciones que tanto le habian servido para triunfar de Napoleon. La Europa indignada reconoce que los manifiestos falaces de 1805 y 1814,

aunque falaces, eran mas nobles que la tiránica franqueza con que en el dia se le dice á los pueblos : *recibid nuestras cadenas.*

A lo menos no se quejarán esta vez los italianos de que no se les dice con toda claridad lo que se quiere: esto les será muy útil. El régimen constitucional se hubiera desenvuelto en aquel pais con la tranquila lentitud que obra la naturaleza abandonada á sí misma, si la súbita agresion del despotismo no diese á la revolucion de Italia aquel caracter sobre humano que crea los grandes hombres, y se atreve á las mas dificiles empresas. El italiano hubiera sido feliz sin la guerra, y quizá se hubiera dormido á la sombra de su facil felicidad ; pero en la actualidad lleno de energía, de generosidad y de entusiasmo, presentará al mundo un grande egemplo, y le dará grandes lecciones.

Rompió ya la verdad el velo de las tinieblas diplomáticas : es ya conocida de toda Europa la gran máxima política de las monarquías absolutas. Los que han contemplado con ojos inmóviles y serenos los infortunios de la España, entregada á los

furores de la Inquisicion civil y religiosa; los que han visto tranquilamente en los calabozos, en los presidios, en los destierros á los valerosos libertadores que fueron los primeros en dar contra el enemigo comun la señal de acometida, á que no respondió nadie, sino cuando ya habia pasado el peligro; los que han sido testigos pasivos ó complacientes de tantas iniquidades; esos mismos, cuando ven una mudanza pacífica y reclamada por la justicia y la humanidad, lanzan gritos de furor y corren á las armas. Sin duda temen el contagio de las virtudes; porque Nápoles pacífica, unánime, leal á su príncipe, prudente hasta en el entusiasmo de una libertad desconocida, es en el dia el modelo vivo de la moral mas pura. ¿Por qué se alarma la diplomacía? ¿No impidió las injusticias, las reacciones, las venganzas, é interviene para turbarlas en las tranquilas y pacíficas transacciones de los pueblos con sus monarcas?

El Austria quiere convertir á la Italia en España: que se atenga á los resultados. En el siglo presente la posteridad que juzga á los reyes, es contemporanea suya, y no respetará al gobierno austriaco mas que

respetó á Napoleon, destronado por la opinion pública antes de serlo por las armas que creó ella misma. El gabinete de Viena que destruyó el solio de la hija de su monarca y la corona de su nieto, que firmó los tratados mas vergonzosos, que prestó sus manos á todas las usurpaciones é iniquidades políticas desde el repartimiento de Polonia hasta la invasion de España, que dueño de un egército poderoso se ha dejado engañar de las demas potencias, y que aun despues de la victoria, se ha contentado con un papel subalterno; ahora quiere ponerse en primera línea y anticiparse á todos sus aliados: y ¿para qué? Para sofocar el grito de la humanidad; para oprimir un entusiasmo generoso; para castigar á los pueblos que se atrevan á tener mejores leyes que las del Austria. ¡Ah! si el ministerio inglés calla, si el francés manifiesta una culpable connivencia con el despotismo, ¿qué importa? Lóndres, París, la Europa entera, el mundo civilizado exhala su indignacion en los paseos, en los cafés, en las reuniones, en los escritos públicos, en las tribunas nacionales. ¿Qué tiene que oponer Metternich á este grito omnipotente de la

opinion? ¿Algunos millares de bayonetas? ¿Tan pronto ha olvidado la historia de 1814, aun cuando no haya estudiado la de Felipe II, y la de Luis XIV? Por mas que la tranquila y fria diplomacía se burle de la moral, no es buen agüero abrir la campaña en medio de las maldiciones universales. Sin duda se inventaron para conjurarlas los manifiestos y declaraciones que hacen los príncipes antes de empezar las hostilidades. Pero si la tiranía trata de ahogar la opinion pública, ¿cómo podrá apelar á ella? El despotismo que discute, aun cuando logre victorias momentáneas, está ya cercano á espirar. Cuando se da publicidad á una amenaza injusta, la misma victoria es inútil: porque el invasor encuentra en los sentimientos morales de sus mismos súbditos los mayores obstáculos para llevar al cabo su empresa.

En vano el manifiesto de Laybach anuncia la mayor union y una cooperacion vigorosa entre los tres soberanos. La Prusia no ha hecho mas que prestar su nombre: el emperador Alejandro, que nada tiene que temer de la Italia, se ha vuelto á su capital, prometiendo un cuerpo auxiliar que llegará, como en Austerlitz y

en Jena, despues de declarada la victoria. Los gabinetes de Lóndres y Paris han hecho protestaciones públicas de su neutralidad, para calmar la inquietud de sus naciones respectivas; y el Austria que temia el contagio del liberalismo, desterrado al mediodia de la península, le tiene ya á las puertas de su casa. Estos son los frutos de la injusticia.

No es esta la primera vez que el amor del poder absoluto y el temor de una libertad epidémica, han encendido la guerra entre las naciones; pero hasta ahora no se han alegado semejantes motivos en un manifiesto. El senado romano, á pesar de su inmenso poder, jamas cometió ese yerro: siempre cubrió la usurpacion con pretestos mas ó menos plausibles. Ningun conquistador dijo al pueblo amenazado lo que ahora dice el Austria: *tu felicidad me incomoda.* Es verdad que en el dia seria muy dificil inventar motivos verosímiles, y no tan ciertos. *Le parterre est trop instruit.* Este es uno de los grandes bienes que produce la actual situacion de Europa. Es preciso quitarse la máscara antes de sacar la espada contra la causa de los pueblos.

Los pueblos tienen, pues, que defen-

derse. La monarquía sarda, mas cercana al centro de las fuerzas austriacas y que las conoce muy bien, no manifiesta temerlas mucho, y esto debe inspirar grande confianza á todos los amigos de la libertad. Nadie ignora cual seria, si el liberalismo sucumbiese en Italia, la suerte de los que se han atrevido á levantar el grito de la independencia. Ademas de la proscripcion particular de los *carboneros*, no hay nacion constitucional en Europa que no tenga que temer si triunfa el poder absoluto. La Francia ve perseguir en el dia los principios *justos* de su revolucion; principios que á pesar de la faccion aristocrata, no pueden arrancarse de su territorio, sin destruir el vínculo social. La Inglaterra, poderosa con la coalicion de los monarcas absolutos cuando quiso abatir la ambicion del emperador de los franceses, se hallaria mucho menos fuerte cuando estos mismos monarcas, dueños absolutos del continente, encontraran en su mismo ministerio recursos para atacar la libertad en su antigua cuna. La España no ignora que es su constitucion á la que se hace la guerra, y que en su territorio nació el monstruo formidable que el congreso de Leibach quie-

re sofocar. En medio de tan sérias empresas no nos dejarémos engañar con reconocimientos y concesiones frívolas, ni por el feliz efecto de la resistencia á un usurpador: sabemos que el rayo despues de abrasar la Italia, atravesaria la Francia para lanzarse sobre el solar de la libertad; y cuando apenas empezamos á respirar de cinco años de invasion y seis de poder absoluto, tendriamos que sostener una lucha mas ostimada y desigual. El Austria invadiendo la Italia, es realmente enemiga de la España; y la Francia lo será cuando las victorias del Austria la obliguen á violar esa impolítica neutralidad á que un ministerio ciego ha reducido la patria de Hoche y de Carnot. Asi todas las naciones saben ya el secreto del poder absoluto revelado en Leibach.

El pretexto pueril de castigar una secta *enemiga del orden*, es una nueva injsticia. Tambien los emperadores romanos perseguian el cristianismo como una nueva secta. La moral del evangelio era necesaria á los pueblos que habian llegado al último grado de corrupcion, y las persecuciones no hicieron mas que estenderla. Pues tambien son necesarios en el dia á la Europa los

pricipios de liberalismo: ¿qué logrará el poder absoluto con sus proscripciones? Las sectas no son temibles sino cuando las máximas que propagan estan en harmonia con el espíritu del siglo. Y en fin, á esa secta proscrita en 1821, debieron su salud en 1813 los que ahora la proscriben. Esta ingratitud, esta inconsecuencia no contribuye á ganar partidarios para la santa alianza. Si los soberanos quieren saber á qué debe atribuirse la revolucion de Italia, que contemplen la manera con que se ha recibido su manifiesto en el Norte y en el Mediodia de aquella península; y conocerán que no ha sido una secta, sino la masa nacional la que ha movido á los pueblos para recobrar sus derechos. El predicador no hace mas que adormecer ó irritar al auditorio, cuando este no se halla preparado para entenderle.

Ya hemos hablado en otros números de la acusacion hecha á los militares: como si el guerrero debiera renunciar á la calidad de ciudadano y á la de hombre, y contentarse con ser un instrumento pasivo de la tiranía. Ya esto es imposible en el estado actual de la civilizacion. Es inutil que tratemos del *derecho*. El *hecho* es reconocido

cido. Los militares europeos no quieren pertenecer ni á Sila, ni á Mario, ni á Pompeyo, ni á Cesar; quieren ser soldados de la patria. Los soldados romanos acabaron con la tiranía decenviral; y aunque el poder de los decenviros era usurpado, el argumento tiene siempre su fuerza; porque no hay autoridad legítima en las monarquías modernas de Europa, que no se derive de la usurpacion. Los decenviros habian prometido dar una *constitucion*: los artificios con que retardaron el cumplimiento de su promesa, prepararon la revolucion que aceleró la atrocidad honrada de Virginio. Los actuales decenviros de Europa han prometido tambien constituciones; y solo se libertarán de las conmociones militares los que se anticipen á unirse con sus pueblos con un pacto fundamental. Esto será infaliblemente, á pesar de las decisiones *firmes* é *irrevocables* de Leybach; porque mas firmes é irrovocables son las de la opinion pública, que las de un corto número de hombres. La intrépida declaracion de los sardos hecha en el momento del mayor peligro, lo prueba incontestablemente.

Toda la Europa desea la paz; pero en la hipótesi de ser la guerra inevitable, no

hay un alma generosa, no hay un corazon noble que no examine ávidamente los mapas geográficos para encontrar en ellos nuevos desfiladeros como el de las Termópilas, nuevas llanuras como las de Marathon y Platea que den esperanzas de cubrirse con los cadáveres de los nuevos persas. Tales son los votos de los hombres á quienes interesa todo lo que es grande y glorioso: la antigua sangre de los romanos se ha encendido de nuevo en los pechos donde ya se creia estinguida é inerte. Nápoles y Sicilia, concluidas sus disensiones momentáneas, rivalizan en la carrera de la gloria. La familia de los Pepé recuerda la de los antiguos Fabios: los padres de la patria dejan sus sillas curules para ceñir la espada de los guerreros: un anciano da por señal á los hijos de la libertad sus venerables canas; y un príncipe magnánimo vuela á vencer ó á sepultarse entre las ruinas de la patria.

Y entre tanto las fuerzas de la *Cruzada* se reducen á solos los austriacos. El rey de Prusia quiere mas bien observar sus provincias polacas y renanas, que hacer la guerra á la libertad: el emperador de Rusia está en la otra estremidad del universo, donde

las instancias de un aliado, cuyos intereses son contrarios á los suyos, no le harán renunciar á su gloria pacífica y al título de moderador de la Europa: la Alemania, amiga ardiente de la gloria, se indigna por su aparente cooperacion á una agresion inícua: Portugal y España no abandonarán en el momento de la lucha á sus hermanos y *conciudadanos*: Inglaterra y Francia estan neutrales; pero por la tolerancia en la una y sin saberlo el gobierno en la otra, pasan socorros considerables de dinero, municiones y hombres á aquel pais glorioso, donde va á decidirse la gran causa de las naciones. Los restos de aquel egército que hizo temblar sucesivamente al despotismo y á la libertad, van á buscar segunda vez bajo mejores auspicios la gloria y el triunfo entre las falanges napolitanas. Ellos son los representantes de la mayoría de los franceses.

Y á pesar de esto, el manifiesto de Leibach supone que los egércitos austriacos, no encontrarán una séria resistencia de parte de los que siguen ostinadamente las doctrinas constitucionales: de aquellas mismas doctrinas tan saludables en 1805, tan útiles en 1814, tan perniciosas y crimina-

les en el dia. Sin duda que estas contradicciones escitarian la risa, si el filósofo y el patriota no contemplasen los males inmensos que van á caer sobre la triste Europa, en virtud de las frases diplomáticas.

No en valde todas las naciones tienen fijada su atencion sobre Italia; porque allí se va á decidir la suerte de los gobiernos representativos. Si el despotismo vence, su triunfo no será de larga duracion: lo sabemos; pero ¡cuánta sangre, cuántas ruinas, cuán terribles reacciones acompañarán entonces la resurrecion de la libertad! Nunca es más terrible el leon que cuando va herido.